

CRONICAS NEOYORQUINAS

Una Misa Dominical en San Patricio

Por G. Almán Bolaños.

Fué Dios quien me llevó a su casa? Quizá. Pero yo me sentí impulsado, debí confesarlo, por el diabólico de la curiosidad. Habla todo de que una misa dominical en la Catedral de San Patricio, "Saint Patrick", como aquí dicen, es un acontecimiento de pomposidad, si vulgar porque se repite cada semana, no por eso desmerecedor; tanto que para algunas constituye novedad neoyorquina. Fuimos, pues, a "Saint Patrick".

Eran las once cuando, al arribar al templo, los bronces sagrados decían la última llamada.

A la vera de la aristocrática 5a Avenida está el citado "Casino de Nuestro Señor". Sus dos agujas gólicas apuntan al cielo sereno. Es gris, obscuro color de piedra. Es severo y es esbelto. De su grandeza. Cuando se penetra, unos cuantos centímetros dan derecho a tomar asiento. Un hombre de levita os atiende. No se siente, como en los templos latinos, olor a incienso. Vasta catedral, lujosa y sumiosa. A esa hora interiormente fluye una colosal escenografía velázquezca o mejor, rembrandtesca. Altos olivales, unos de vidrios planos y otros colorados—casi diamantes—donde se ven pasajes bíblicos con la nota de luz, aunque semiocultos, aparte de la que despiden las mil bolas del señor Edison. Os arrodillan y os signan. Veis un mar de gente compungida y devota. Y descubris que allí hay millonarios de la Sa, y de otros rumbos, y otros y señores.

Suena música lejana. ¿Qué es aquello? Una marcha como himno, que jumbrosa, duliente, mística. Se avilan las notas, se oyen voces, ya avanza, ya se acerca... Y se ven en el fondo, hacia el altar, los cirios y los císares. El órgano acompaña a los clérigos cantantes. Pasan los ceplines recogedores de monedas para el culto. Una señora tose. Ora. Y el último Evangelio, es breve, a modo de postre, y da bendición cardenalicia en nombre del Santo Padre de Roma.

Y viene la alta nota armónica: el órgano que suena como caja de madres celestes, arrobador, con sus crescendos y descensos, temblante, iluminador de ámbitos ejecutado por manos maestras. Allí está, con sus grandes tubos—madera, estadio... flauta, cíbolas, picelos...—dorado con ojos viejos, alineado, escolta de voces desde la chicha hasta la máxima, aún en la penumbra del Coro, con el gran roceón de vidrios violeta, que le presta alguna luz. ¡Oh majestuoso órgano de la Catedral de San Patricio de Nueva York, voz de altura, voz sonora, voz múltiple, voz de legión de ángeles, serafines y querubines, voz de vírgenes dolientes, voz de santos mártires que lloran sus dolores, voz de niñas, de pájaros, palabra verbal de Dios!

Y la Epístola. «La de San Pablo, la que escribió el Apóstol del Arrepentimiento, el hombre que vió al Cielo por un rayo de luz? Quizá ganguito el sacerdote la Epístola, medio la canturrea, mientras el Cardenal; el ilustre Cardenal Farley, domina en su silla semi-sinistra. Vénse las capas de verde esmeralda de los oficiantes, a modo de colas de pavo real, colas que apenas se mueven... Y las tres trencillas del tabernáculo—gótico también, haciendo juego con toda la arquitectura del templo—apuntan como tres dedos de una mano.

LA CALAMIDAD DEL CATARRO

Puede Usted Deteriorarse—No Procede.
Otras Nos Producen—Asegúrense Usted.

EL CATARRO es una calamidad nacional. Es una verdadera plaga moderna. La mitad de la gente padece de él, poco más o menos.

VICTIMAS DEL CATARRO, desde luego, que han probado diferentes remedios y han consultado a diferentes médicos varias veces.

LOS CATARROS CURADOS son muchos, sin embargo, al número de personas que lo padecen ya en asiento. Bien, entonces, ¿qué hemos de hacer?

Deseamos llamar a vuestra atención a lo que otras han hecho y que les ha dado muy buenas resultados.

Por ejemplo, les el testimonio del Sr. Mauro Lara de Coatzacoalcos, Veracruz, México. Él nos dice: "En veinte días Peruna me curó a los y debilidad general que me aquejaba. Recuperé mis fuerzas y mi salud completa."

En segundo lugar viene el del Dr. José Curbelo Director del Diario de la Familia, Habana, Cuba, y nos dice: "Dos ponos de Peruna me curaron una vez pertinaces que pedía hacia dos años".

Quieren leer más testimonios? Puedes ahí van.

El Sr. José Díaz de Arellano, Puerto Rico, conocido Pedro Mercurial y Profesor de Instrucción Pública, nos escribe lo siguiente: "Con magníficos resultados usé, y preparación Peruna para combatir un fuerte ataque de gripe. Yo que medicina la creó un tonico admirable para convalecientes".

Deudas Kenneth, Estado de California, nos dice el Sr. Antonio Rodríguez Vázquez, que por medio de la Peruna y el Manzanil conseguió curarse rápidamente de catarrro crónico, e indignación de que padecía haciam diez y seis meses. Le devolvió su apetito y buena salud.

Para probarle que cura a niños lo mismo que adultos, comparamos un párroco de la carretera de Charles Levy, hijo de Jacob Levy, 5: ciudad del Nuevo York. Él escribe: "Mi hijo de siete años, que tenía catarro de la nariz, se curó con dos ponos de Peruna". El señor Levy también tenía catarro de la cabeza, nariz y garganta. Nos dice haberse curado con un solo frasco de Peruna.

Dice usted que ha padecido por tantos años que no cree la Peruna la mejor. Usted sabe que ha curado a esta gente. Mué bien, oiga nuestra contestación. El Sr. Profesor de Instrucción Primaria don Luis G. Morel, de Atzcapotzalco, Distrito Federal, México, dice que tuvo exceso de la nariz, el pulmón y diez días. Usó la Peruna y se curó por completo.

LO QUE INTERESA A LAS DAMAS

IDEAS CONSEJOS FÓRMULAS NOVEDADES MODA

En esta primera charla tengo el gusto de presentar hoy a mis lectoras, se me encuechará la voz de alguna de los portavoces del Señor Jesucristo. Y es la palabra de Juan, el nazareno: de Pedro, el viejo angular y anguloso; de Lucas, el poeta de Mateo? De alguien de ellos. Y hay dulzuras en el ambiente y risas celestiales, y un fondo dulce interior en los corazones. La consagración de la hostia, y del vino, de la carne y de la sangre del superdivino Martir: la campana heráldica alta en lo alto, lenta, lentamente. La custodia radica en las manos del "sacerdote" que hace el sacrificio inmolatorio... De nuevo la procesión de cirios y eucaristías. Las rosas en la tierra, las fuentes bajas, la oración, la invocación en los labios, uno como reflejo invisible, a comunión con Dios.

Ya pasa el supremo y culminante momento. Y es la palabra del orador que explica el simbolo evangélico. «So-pechó el Jesús de la Judea que sus parábolas iban a ser interpretadas algún día en una dura lengua armónica, absolutamente desemejante de la suya sencilla? Y habla el Evangelista con voz firme, convictiva, periodica, y estoy con él, con su número, con su sentido, con su pensar. Porque amo la verdad de ese sencillo código de morales y liberales enseñanzas, donde hay un hijo prodigo que vuelve a los lares, y la multiplicación de los panes y los peces, y la pecadora arrepentida y redimida, y los fariseos—sepulcros blanqueados—murmurantes —porque soy un hijo del Señor. ¿Qué es? La Antifona. Antifónicamente, el órgano acompaña a los clérigos cantantes. Pasan los ceplines recogedores de monedas para el culto. Una señora tose. Ora. Y el último Evangelio, es breve, a modo de postre, y da bendición cardenalicia en nombre del Santo Padre de Roma.

"¡ite missa est!" Y si vosotras queréis ir a ver la procesión regresiva, presentaréis de cerca todo aquello que habéis visto de lejos, purpuras, oros y platas, cirios... Y oídela de nuevo el himno, marcha doliente del principio. Primero, los seminaristas, pálidos, ojerosos, con sus velas de cera que van florando lágrimas; después, los romaguillos minúsculos, rojo y blanco, distinguidos; los sacerdotes oficiantes, pausados en su andar, todavía con el contacto de la Divinidad; el Cardenal, severo, como un jacinto de su color. Embajador de Cristo, y el deán canónigo en todo y por todo, bajo rechazo, purpúreo como una rosa encendida... ya pasa, ya pasó la procesión.

Tal la magna y apostólica ceremonia del culto católico-romano en la Catedral de "Saint Patrick", de esta ciudad de Nueva York. Suntuosa como el rito; grandiosa como que participa del soplo sagrado; imponente como que es en este país.

Horas después entré en un templo Evangelista, "Church" como dicen estos señores yanquis. Y allí vi al Señor Jesús, todo él mármol, presidiendo. Y tuve el Evangelio en mis manos. Y alcé mi pensamiento hacia el infinito... Mas en breve salí de aquél lugar sagrado que no era el más.

Y la Epístola. «La de San Pablo, la que escribió el Apóstol del Arrepentimiento, el hombre que vió al Cielo por un rayo de luz? Quizá ganguito el sacerdote la Epístola, medio la canturrea, mientras el Cardenal; el ilustre Cardenal Farley, domina en su silla semi-sinistra. Vénse las capas de verde esmeralda de los oficiantes, a modo de colas de pavo real, colas que apenas se mueven... Y las tres trencillas del tabernáculo—gótico también, haciendo juego con toda la arquitectura del templo—apuntan como tres dedos de una mano.

Y viene la alta nota armónica: el órgano que suena como caja de madres celestes, arrobador, con sus crescendos y descensos, temblante, iluminador de ámbitos ejecutado por manos maestras.

Allí está, con sus grandes tubos—madera, estadio... flauta, cíbolas, picelos...—dorado con ojos viejos, alineado, escolta de voces desde la chicha hasta la máxima, aún en la penumbra del Coro, con el gran roceón de vidrios violeta, que le presta alguna luz. ¡Oh majestuoso órgano de la Catedral de San Patricio de Nueva York, voz de altura, voz sonora, voz múltiple, voz de legión de ángeles, serafines y querubines, voz de vírgenes dolientes, voz de santos mártires que lloran sus dolores, voz de niñas, de pájaros, palabra verbal de Dios!

Y la Epístola. «La de San Pablo, la que escribió el Apóstol del Arrepentimiento, el hombre que vió al Cielo por un rayo de luz? Quizá ganguito el sacerdote la Epístola, medio la canturrea, mientras el Cardenal; el ilustre Cardenal Farley, domina en su silla semi-sinistra. Vénse las capas de verde esmeralda de los oficiantes, a modo de colas de pavo real, colas que apenas se mueven... Y las tres trencillas del tabernáculo—gótico también, haciendo juego con toda la arquitectura del templo—apuntan como tres dedos de una mano.

Y viene la alta nota armónica: el órgano que suena como caja de madres celestes, arrobador, con sus crescendos y descensos, temblante, iluminador de ámbitos ejecutado por manos maestras.

Allí está, con sus grandes tubos—madera, estadio... flauta, cíbolas, picelos...—dorado con ojos viejos, alineado, escolta de voces desde la chicha hasta la máxima, aún en la penumbra del Coro, con el gran roceón de vidrios violeta, que le presta alguna luz. ¡Oh majestuoso órgano de la Catedral de San Patricio de Nueva York, voz de altura, voz sonora, voz múltiple, voz de legión de ángeles, serafines y querubines, voz de vírgenes dolientes, voz de santos mártires que lloran sus dolores, voz de niñas, de pájaros, palabra verbal de Dios!

Y la Epístola. «La de San Pablo, la que escribió el Apóstol del Arrepentimiento, el hombre que vió al Cielo por un rayo de luz? Quizá ganguito el sacerdote la Epístola, medio la canturrea, mientras el Cardenal; el ilustre Cardenal Farley, domina en su silla semi-sinistra. Vénse las capas de verde esmeralda de los oficiantes, a modo de colas de pavo real, colas que apenas se mueven... Y las tres trencillas del tabernáculo—gótico también, haciendo juego con toda la arquitectura del templo—apuntan como tres dedos de una mano.

Y viene la alta nota armónica: el órgano que suena como caja de madres celestes, arrobador, con sus crescendos y descensos, temblante, iluminador de ámbitos ejecutado por manos maestras.

Allí está, con sus grandes tubos—madera, estadio... flauta, cíbolas, picelos...—dorado con ojos viejos, alineado, escolta de voces desde la chicha hasta la máxima, aún en la penumbra del Coro, con el gran roceón de vidrios violeta, que le presta alguna luz. ¡Oh majestuoso órgano de la Catedral de San Patricio de Nueva York, voz de altura, voz sonora, voz múltiple, voz de legión de ángeles, serafines y querubines, voz de vírgenes dolientes, voz de santos mártires que lloran sus dolores, voz de niñas, de pájaros, palabra verbal de Dios!

Y la Epístola. «La de San Pablo, la que escribió el Apóstol del Arrepentimiento, el hombre que vió al Cielo por un rayo de luz? Quizá ganguito el sacerdote la Epístola, medio la canturrea, mientras el Cardenal; el ilustre Cardenal Farley, domina en su silla semi-sinistra. Vénse las capas de verde esmeralda de los oficiantes, a modo de colas de pavo real, colas que apenas se mueven... Y las tres trencillas del tabernáculo—gótico también, haciendo juego con toda la arquitectura del templo—apuntan como tres dedos de una mano.

Y viene la alta nota armónica: el órgano que suena como caja de madres celestes, arrobador, con sus crescendos y descensos, temblante, iluminador de ámbitos ejecutado por manos maestras.

Allí está, con sus grandes tubos—madera, estadio... flauta, cíbolas, picelos...—dorado con ojos viejos, alineado, escolta de voces desde la chicha hasta la máxima, aún en la penumbra del Coro, con el gran roceón de vidrios violeta, que le presta alguna luz. ¡Oh majestuoso órgano de la Catedral de San Patricio de Nueva York, voz de altura, voz sonora, voz múltiple, voz de legión de ángeles, serafines y querubines, voz de vírgenes dolientes, voz de santos mártires que lloran sus dolores, voz de niñas, de pájaros, palabra verbal de Dios!

Y la Epístola. «La de San Pablo, la que escribió el Apóstol del Arrepentimiento, el hombre que vió al Cielo por un rayo de luz? Quizá ganguito el sacerdote la Epístola, medio la canturrea, mientras el Cardenal; el ilustre Cardenal Farley, domina en su silla semi-sinistra. Vénse las capas de verde esmeralda de los oficiantes, a modo de colas de pavo real, colas que apenas se mueven... Y las tres trencillas del tabernáculo—gótico también, haciendo juego con toda la arquitectura del templo—apuntan como tres dedos de una mano.

Y viene la alta nota armónica: el órgano que suena como caja de madres celestes, arrobador, con sus crescendos y descensos, temblante, iluminador de ámbitos ejecutado por manos maestras.

Allí está, con sus grandes tubos—madera, estadio... flauta, cíbolas, picelos...—dorado con ojos viejos, alineado, escolta de voces desde la chicha hasta la máxima, aún en la penumbra del Coro, con el gran roceón de vidrios violeta, que le presta alguna luz. ¡Oh majestuoso órgano de la Catedral de San Patricio de Nueva York, voz de altura, voz sonora, voz múltiple, voz de legión de ángeles, serafines y querubines, voz de vírgenes dolientes, voz de santos mártires que lloran sus dolores, voz de niñas, de pájaros, palabra verbal de Dios!

Y la Epístola. «La de San Pablo, la que escribió el Apóstol del Arrepentimiento, el hombre que vió al Cielo por un rayo de luz? Quizá ganguito el sacerdote la Epístola, medio la canturrea, mientras el Cardenal; el ilustre Cardenal Farley, domina en su silla semi-sinistra. Vénse las capas de verde esmeralda de los oficiantes, a modo de colas de pavo real, colas que apenas se mueven... Y las tres trencillas del tabernáculo—gótico también, haciendo juego con toda la arquitectura del templo—apuntan como tres dedos de una mano.

Y viene la alta nota armónica: el órgano que suena como caja de madres celestes, arrobador, con sus crescendos y descensos, temblante, iluminador de ámbitos ejecutado por manos maestras.

Allí está, con sus grandes tubos—madera, estadio... flauta, cíbolas, picelos...—dorado con ojos viejos, alineado, escolta de voces desde la chicha hasta la máxima, aún en la penumbra del Coro, con el gran roceón de vidrios violeta, que le presta alguna luz. ¡Oh majestuoso órgano de la Catedral de San Patricio de Nueva York, voz de altura, voz sonora, voz múltiple, voz de legión de ángeles, serafines y querubines, voz de vírgenes dolientes, voz de santos mártires que lloran sus dolores, voz de niñas, de pájaros, palabra verbal de Dios!

Y la Epístola. «La de San Pablo, la que escribió el Apóstol del Arrepentimiento, el hombre que vió al Cielo por un rayo de luz? Quizá ganguito el sacerdote la Epístola, medio la canturrea, mientras el Cardenal; el ilustre Cardenal Farley, domina en su silla semi-sinistra. Vénse las capas de verde esmeralda de los oficiantes, a modo de colas de pavo real, colas que apenas se mueven... Y las tres trencillas del tabernáculo—gótico también, haciendo juego con toda la arquitectura del templo—apuntan como tres dedos de una mano.

Y viene la alta nota armónica: el órgano que suena como caja de madres celestes, arrobador, con sus crescendos y descensos, temblante, iluminador de ámbitos ejecutado por manos maestras.

Allí está, con sus grandes tubos—madera, estadio... flauta, cíbolas, picelos...—dorado con ojos viejos, alineado, escolta de voces desde la chicha hasta la máxima, aún en la penumbra del Coro, con el gran roceón de vidrios violeta, que le presta alguna luz. ¡Oh majestuoso órgano de la Catedral de San Patricio de Nueva York, voz de altura, voz sonora, voz múltiple, voz de legión de ángeles, serafines y querubines, voz de vírgenes dolientes, voz de santos mártires que lloran sus dolores, voz de niñas, de pájaros, palabra verbal de Dios!

Y la Epístola. «La de San Pablo, la que escribió el Apóstol del Arrepentimiento, el hombre que vió al Cielo por un rayo de luz? Quizá ganguito el sacerdote la Epístola, medio la canturrea, mientras el Cardenal; el ilustre Cardenal Farley, domina en su silla semi-sinistra. Vénse las capas de verde esmeralda de los oficiantes, a modo de colas de pavo real, colas que apenas se mueven... Y las tres trencillas del tabernáculo—gótico también, haciendo juego con toda la arquitectura del templo—apuntan como tres dedos de una mano.

Y viene la alta nota armónica: el órgano que suena como caja de madres celestes, arrobador, con sus crescendos y descensos, temblante, iluminador de ámbitos ejecutado por manos maestras.

Allí está, con sus grandes tubos—madera, estadio... flauta, cíbolas, picelos...—dorado con ojos viejos, alineado, escolta de voces desde la chicha hasta la máxima, aún en la penumbra del Coro, con el gran roceón de vidrios violeta, que le presta alguna luz. ¡Oh majestuoso órgano de la Catedral de San Patricio de Nueva York, voz de altura, voz sonora, voz múltiple, voz de legión de ángeles, serafines y querubines, voz de vírgenes dolientes, voz de santos mártires que lloran sus dolores, voz de niñas, de pájaros, palabra verbal de Dios!

Y la Epístola. «La de San Pablo, la que escribió el Apóstol del Arrepentimiento, el hombre que vió al Cielo por un rayo de luz? Quizá ganguito el sacerdote la Epístola, medio la canturrea, mientras el Cardenal; el ilustre Cardenal Farley, domina en su silla semi-sinistra. Vénse las capas de verde esmeralda de los oficiantes, a modo de colas de pavo real, colas que apenas se mueven... Y las tres trencillas del tabernáculo—gótico también, haciendo juego con toda la arquitectura del templo—apuntan como tres dedos de una mano.

Y viene la alta nota armónica: el órgano que suena como caja de madres celestes, arrobador, con sus crescendos y descens